



todo esto pasa...

Allí es el único lugar donde la luz se hace en la noche. Y mientras para ellos dura la noche, en el mundo se hace el día

Y en medio de ese día una hermosa mujer corta las primeras rosas y los primeros claveles en un jardín que anuncia la siempre ansiada primavera.

A su lado retoza su pequeño, alejado de la manta que lo separaba del suelo. Apenas si sabe andar, y está arrancando hierbas que luego intenta llevar a su boca.

Mamá, frente a su carita, mueve el dedo hacia un lado y otro. El pequeño lo coge y juega con él... Después, también se lo lleva a la boca.

La mujer se hace más hermosa, acompañada de una sonrisa eterna que ilumina el cielo al ver a su esposo entrar en la casa.

Siempre sale el sol en ese jardín cuando él vuelve y, por fin, están juntos los tres.

El fin de semana se hará corto, como siempre, pero ella lo hará intenso. El beso con el que le recibe deshace el cansancio que arrastraba al salir de la oficina. ¿Qué clase de poder tiene esa mujer tras sus labios? – piensa abrazándola, y deseándola otra vez como cuando eran más jóvenes.

El ruido de unas manos deslizándose sobre la valla detiene ese beso apasionado que ansiaba entregar.

Por la acera, una joven pareja, pálida de emoción por su primer sueldo, camina abrazada y nerviosa. Por fin van a ver su primer piso, ese que es mucho más hermoso de lo que el mismo plano físico les muestra.

Él lleva una mano perdida en el bolsillo trasero del pantalón de su chica. La otra se va deslizando por la valla metálica de la casa por donde pasan, haciendo un ruido que le relaja y que ha roto – sin ella quererlo – un beso apasionado.

Al entrar en la que será su nueva casa se sienten emocionados.

No es grande, ni muy bonita, ni tiene jardín... ¡y qué más da!

Ellos no buscan una casa, como se la muestra el vendedor. Ellos buscan su hogar, ese que será solo suyo, y que sólo ellos podrán ver con los ojos del alma y la pasión.

Al entrar no ven muebles, ni cuadros, ni cortinas colgadas. Tampoco ven lámparas en el techo, ni alfombras en el suelo...

Ellos se ven a sí mismos, abrazados, percibiendo los olores del otro, oyendo los ruidos que siempre provocan y que ellos mismos desconocen, y durmiendo al fin juntos de por vida.

En el pensamiento de ambos se dibuja una imagen extraña en la que han dejado de ser dos.

Al asomarse al pequeño balcón miran los aviones que vuelan tan bajos que casi rozan el suelo. Aun así, el sonido estridente de sus motores no asusta a los niños, que los miran emocionados desde el parque, tapando sus frentes con ayuda de las palmas de sus manos.

Al ver los niños sonrían. Ella con más carga de emoción porque ya pronto habrá uno más en esa calle para jugar con ellos. Él aún no lo sabe. Pero va a saberlo en ese momento porque ella no puede ocultarlo por más tiempo.

- Cariño - le dice llorando - estoy embarazada.

El abrazo que se dan hace que todo vibre y se mueva al compás de la reacción de esos aviones que les sobrevuelan, recordando a los seres inertes que la vida se abre paso.

Él, abrazado a ella, observa a los pequeños jugando en el parque.

Y los niños dejan sus juguetes en la arena del parque, y extienden sus brazos, estirando hasta no poder alcanzar más aire... ¡y vuelan en aviones multicolores con sonidos guturales!

Una mujer, llena de ilusiones románticas, observa a los pequeños que la rodean, volando ficticiamente, como si ella fuera la montaña que tuvieran que esquivar.

La tarde se hace más eterna, pintándose de oscuridad, y piensa en todo lo que sucederá ya pronto mientras acaricia su barriga.

Deseando - y casi necesitando - poner cara al fin a un amor desmedido llama a su marido emocionada, sentándose en el duro banco rodeado de arena.

Con ayuda de un pie se quita el zapato. Sus pies están tan hinchados que casi han cambiado hasta de color. ¡Qué dolor!

Unas lágrimas acompañan al miedo que siente, y no puede dejar de acariciar esa barriga que se mueve más de la cuenta.

El sonido del teléfono acucia el momento mientras observa la miel que fluye de esas nubes que arrastran una luna que no tardará en hacerse dueña del paisaje.

- Cariño - le dice con la voz entrecortada, poseída por unos dolores que tanto ansiaba sufrir e intentando medir los pasos de la respiración que tanto le costó aprender

- ¿ha llegado la hora? - pregunta él, sobresaltado, al otro lado del auricular. Ella llora, y su llanto le impide hablar. No hace falta. Él llevaba todo el día esperando esa llamada.

Esa misma mañana, antes de salir de casa, había acariciado su oronda barriga, como hacía todas las mañanas, pero algo nuevo presintió en el tacto.

No sabía bien el qué... quizás el propio tacto, la dureza extrema, o quizás los exagerados movimientos del adorado intruso, pero supo que ese sería el día.

Ambos lloran y ninguno se atreve a soltar el teléfono. Ella sonríe también al escuchar a su marido gritando. Se le ha olvidado cortar el teléfono y el sonido le hace viajar hasta la oficina y ver todo.

Su marido ni se ha puesto la chaqueta. Grita, se desabrocha el nudo de la corbata, y recorre el amplio pasillo rodeado de mesas mientras grita que va a ser padre. Los compañeros, esperando la hora de salida, le observan con envidia.

¡Él sí que va a tener un buen fin de semana!

Al guardar el teléfono una pelota llega rodando hasta sus pies hinchados. Al levantar la mirada ve muchos chiquillos jugando en el parque. Sólo hay risas, sabores mezclados de helados y caramelos caídos al suelo, y el sonido chirriante de unos viejos columpios, oxidados por el final de un largo verano.

Dos manos sin vello, y casi sin musculatura, sujetan con fuerza un cromó que acaban de encontrar. Los dos lo miran con deseo, incluso con rabia, y ninguno lo piensa dejar escapar.

Dos niños pelean en la calle por quedarse con ese cromó. Uno lo quiere, aunque ya lo tenga repetido. Sabe que a cambio le darán muchos más.

El otro lo desea porque nunca lo ha tenido, porque es el único que le falta para completar su álbum.

Enzarzados en su riña buscan la debilidad del otro, ese punto por donde atacarle, y el cromó escapa de las manos y vuela, llegando al sombrero de un viejo que está de rodillas frente a un banco.

Los dos niños corren hasta él, pero algo les hace detener.

El anciano está de espaldas a ellos, y frente a él hay una anciana, sentada en el banco.

Los dos niños se miran, sonríen, y se sientan en el suelo para esperar que el viejo termine de echar las gotas de colirio en los ojos de su mujer.

Lo hace con una paciencia exquisita, pero el paso del tiempo – y los residuos de una enfermedad que ellos obvian – hace que sus manos tiemblen más de la cuenta. El colirio escapa por la cara de la mujer y se mezcla con sus lágrimas.

Uno de los niños se acerca y coge el colirio de la mano del viejo, que se sienta al lado de su mujer mientras observa al infante.

El niño, con sumo cuidado, echa el colirio en el ojo de su abuela, mientras el viejo aprieta con fuerza la mano de su mujer y llora al ver el hermoso gesto de su único nieto.

Después, los dos niños se olvidan del cromó de la disputa y se alejan corriendo y riendo, cómplices otra vez. Los viejos miran hacia delante, pero lo que realmente les gustaría sería mirar atrás y volver a unos tiempos jóvenes.

El viejo mira hacia la montaña, sus rocas, y sus cuevas... Y desde allí puede ver la abertura de esa a la que un día llamó La Cueva de Eme.

Años atrás, un joven – pero experto – espeleólogo se adentra por una gruta fría, oscura y amena. Al abandonar el angosto pasillo por donde ha estado

reptando durante muchos minutos sus ojos le muestran algo que le sobrecoge.

Ante él una sala enorme, de miles de piedras de todos los colores, con brillos y reflejos que vuelan y se mezclan para posarse sobre un lago subterráneo de aguas multicolores

Millones de estalactitas amenazan a quien ose ponerse bajo ellas, pero la belleza de su humedad y de sus brillos hipnotizan de tal manera que no puede mas que llorar.

Una lágrima recorre su cara. Por fin ha encontrado esa cueva maravillosa de la que hablaban los libros, y que ha buscado durante muchos años, día a día. Y él ha sido él el primero en hacerlo. Él la ha descubierto, y, sentado sobre el frío suelo, recuerda el nombre de su amada, esa a la que tantas horas ha robado... Así se llamará esa cueva.

Cerca de ella, en el mirador, un joven poeta escribe la poesía añorada, esa que solo sale una vez, casi sin pretenderlo, casi sin ser consciente de estar creándola.

Es esa poesía que nace de la nada, de la mente en blanco, de lo más profundo de su ser.

Emocionado la relee. Al llegar al final apenas si ve, ni puede hablar. Las lágrimas y la emoción han secuestrado sus funciones vitales.

Y por fin – por primera vez desde que empezó – se siente escritor.

No muy lejos de allí, cerca de la pradera que hay bajo el mirador, dos bestias aran las tierras, aún mojadas por el riego de las primeras lluvias de la primavera, haciendo que respiren, que vuelvan a sentir el brillo del sol, y alimentando así esos granos que harán que pronto crezca una nueva flor que alguien, después, arrancará y olerá.

Y es en la salida del sol cuando ese viejo campesino hace a sus mulas arar la tierra de un corazón feliz, dispuesto a compartir la mejor de las cosechas. A su lado hay rebaños pastando porque no hay cercados que prohíban nada... y mucho menos la vida.

El viejo labriego sonrío al preparar la última camada. Secando su sudor mira hacia atrás comprobando un trabajo bien hecho.

El campo permanece peinado perfectamente, y él sabe que por fin puede volver a casa, sentarse junto a su esposa, y esperar la hora del sueño.

Despacio, atraviesa el puente de troncos cercenados, montado sobre el frío riachuelo, y se vuelve a sentir vivo porque está enamorado y dibuja en su mente todas esas palabras que luego no puede reproducir, y que le ha robado ese hombre que le está observando desde arriba... convirtiéndole en un poeta sin palabras.

No muy lejos de allí su esposa prepara la cena. Siempre es la misma, con los mismos y básicos ingredientes, pero no hay una sola noche que no le añada ese que solo ella posee y que él siempre sabe agradecer.

Un día – pensaba mientras saludaba al poeta con su brazo levantado desde la lejanía - hablaría con él y le pediría ayuda para poder decirle a su María que ella es todo y más que todo... que sin ella todos sería nada.

Detrás de su casa – quizás la más pequeña del pueblo, pero la más cercana a la playa - los últimos rayos del sol descansan sobre la fina arena de una playa llena de dunas. Un hombre dormita sonriente sobre la arena, abrazado a una de esas dunas, haciéndola suya.

El alcohol ingerido hace que todo vuelva a ser como antes, y la sed apaga las zozobras del día, y el mar le devuelve un arca repleto de besos que no dejará escapar mientras duerme.

Y es allí, entre la sal que arranca el aire del mar y el dulzor del alcohol ingerido donde su amada vuelve a la vida, donde la muerte no es mas que una palabra, y donde nada teme porque vuelve a sentirse acompañado.

Con los ojos cerrados retoza en la arena y se impregna de ella.

Alguien, un poco alejado, le mira y le llama borracho.

Borracho no – piensa él – feliz.

En la arena alguien de otra raza, pero con igual corazón, escribe frases extranjeras con ayuda de un palo. Las letras son redondas, estilizadas, con graciosos y pictóricos trazos.

Emocionado, ve como las olas se llevan sus palabras hasta la otra costa, esa de la que hace ya mucho se alejó y a la que volverá ya pronto para abrazarla.

Imaginándose cómo el propio mar copia las palabras borradas y las vuelve a escribir sobre la arena que ella pisa, se siente mejor.

Y esas palabras – aunque él no lo sepa – acaban de escribirse en la otra playa, pero no ha sido el mar su autor... es ella, y las escribe allí todos los días, desde esa noche en la que se despidieron.

Las olas del mar bravío mecen los veleros que despuntan bajo el sol recorriendo la costa, mientras dos jóvenes amantes los miran esperando que escampe. Ambos aseguran que serían capaces de detener el tiempo si de ellos dependiera.

Aprovechando que la noche empieza a doblegar al día, se desvisten tímidos y se sumergen en el agua.

Es la primera vez que ven el mar, y la primera vez que se sienten flotar entre una sal suave y alcalina. Adentrarse en el mar por primera vez es una sensación que a nadie deja impávido. A ellos menos, que, además, lo comparten.

El agua del mar se convierte en la cama soñada. La luz de la luna regala al momento la tonalidad precisa, y el canto de unas lejanas gaviotas producen una música que les hace viajar hacia otro mundo.

Cerca de allí, escondidos entre los arbustos y los juncos, un joven quiere beber la lluvia que moja el pelo de su amada y empapa su espalda. Ella le mira embelesada, recibiendo besos que secan el agua caída sobre ella y acercándose a una noche que no tiene preguntas pero sí millones de respuestas.

Emocionados retozan, mirando canciones viejas y escuchando estrellas que llegan al alma de ambos, haciéndoles inmortales por un momento.

Nadie podría hacerles morir. Y si así fuera... ¿qué importaba eso a ellos?

Y la noche llega, y con ella la silente lasitud de la ciudad. En los campos que la rodean la luna ilumina la vida de los insectos, que andan inmersos en sus mil y un rituales de cortejo.

Y esos sonidos – la mayoría de las veces tan cotidianos que ni se presienten - llegan a través de una ventana abierta para dejar pasar el aire, y se

mezclan con el aroma de un aliento y con los sonidos de una respiración que ansío compartir desde la última vez que estuve en esta cama. Y todo esto es, más o menos, lo que pasa...

¿cuándo?

... cuando tú y yo hacemos el amor, como ahora.